

“Materia Prima Maleable” Para La Crueldad

Si el otro es extraño, extranjero, sobre todo diferente; con seguridad es malo, destructivo, impuro, hereje, finalmente menos que humano. En consecuencia, es “odiable” y capaz de disparar cualquier paranoia. *“Que la sangre impura inunde nuestros surcos!”* dice La Marsellesa cantada en el siglo 21. El mito de la pureza en cualquiera de sus formas, sobrevive en nuestro siglo 21; se la cante o no.

Que un grupo humano sea odiable, es un buen comienzo para algunos procesos. El odio busca la desaparición o destrucción de lo odiado. El resentimiento permite sentir ese odio a repetición, casi a perpetuidad (por eso es re-sentimiento: sentir ese sentimiento repetidas veces). Si el re-sentimiento asegura la supervivencia del odio, algo puede irse de las manos, algo puede salirse de los carriles “normales”.

La manipulación del odio y del resentimiento cumplen dos funciones básicas:

Primero: erradicar lo que en nuestra cultura llamamos “compasión” (el “ponerse en el lugar del otro”),

Segundo: reconfigurar el par pensamiento-acción. O lo que es lo mismo, perder la capacidad crítica, el pensamiento crítico.

Este proceso puede realizarse sin grandes dificultades. Para esto no se necesitan más que las viejas técnicas que se vienen utilizando desde el comienzo de las civilizaciones.

Técnicas no muy innovadoras, aunque sí perfeccionadas técnicamente.

En términos evolutivos, hace sólo 12.000 años que surgió la agricultura en relación a los 3 millones de años de evolución. La domesticación del animal humano que comenzó con la domesticación de plantas y animales cuando se hizo sedentario; no se logró, ni por decreto ni por el solo paso del tiempo. La “convivencia forzada” en poblaciones estables (futuras ciudades) obligó al recientemente sedentario y a su cerebro de cazador-recolector a ceder, a conceder, a auto-regularse, a abstenerse de juzgar de manera explícita, a regirse por la ley de la organización social y no por las leyes y costumbres de la propia cultura heredada, a aceptar normas impuestas por la autoridad política centralizada de la ciudad, por ejemplo. Obviamente para esto se generó la legislación correspondiente y los castigos por su no cumplimiento, junto a las instituciones creadas para esos dos fines. Hasta que esas normas se interiorizaron (el juez y el castigador internos, comúnmente conocidos como “conciencia moral”).

Podemos agregar que siempre hubo y hay, instituciones que necesitan la conservación de esa lógica y conducta de deshumanización o demonización de los otros. Se la necesitó y aún necesita en la política y para la guerra. Hasta se la necesita para la “sana competencia” entre equipos deportivos que devienen competidores. También para que sus seguidores devengan fanáticos. Por otro lado, no todos los seres humanos tienen las mismas capacidades desarrolladas, ni las mismas potencialidades, ni atravesaron por las mismas experiencias.

Lo que aquí interesa es la respuesta a la siguiente pregunta: ¿Se puede ser “materia prima maleable” para cualquier proyecto de destrucción? Dicho de otra manera: ¿Cualquier ser humano puede devenir, por ejemplo, torturador y fusilador? En principio sí. No todos, obviamente.

Debemos recordar 3 datos significativos:

hay formas y niveles diferentes de crueldad, además del torturador y el fusilador, la crueldad puede tomar formas infinitamente sutiles ajenas a los cuerpos, la crueldad se presenta de dos maneras: como algo que una vez que se dispara no encuentra retorno, o como producto de la más fría planificación y ejecución.

Bajo ciertas condiciones entonces, esta moralmente rechazable transformación, es relativamente fácil de lograr. Esto ya no está en discusión. La historia pasada y el presente, lo confirman. Estamos en el campo de las emociones y las creencias, y de su manipulación. Sólo resta sentarse y esperar a ver cómo será nuestro futuro en relación a esa crueldad. Porque la maleabilidad no ha cambiado con el tiempo.

Raul G. Koffman

Enero de 2023